

El amor en las ciencias sociales: cuatro visiones teóricas

Tania Rodríguez Salazar
Universidad de Guadalajara

Resumen. Este artículo presenta un recorrido sobre cuatro enfoques teóricos relativamente definidos y cultivados por la investigación sobre el amor en las ciencias sociales: socioestructural, sociohistórico, cultural y de crítica social. Estas visiones han influido de distintas maneras en la forma en que se estudia el amor y han sentado las bases para comprender esta experiencia subjetiva a partir de sus determinantes sociales, culturales y de poder. A lo largo del texto se exponen los principales postulados de tales visiones, detallando aspectos metodológicos y hallazgos fundamentales en cada una de ellas y recuperando a los autores más destacados en este ámbito del conocimiento. Finalmente, a manera de conclusiones, se hace un balance sobre las aportaciones de estas perspectivas y sobre los retos que enfrenta la investigación del amor en las ciencias sociales.

Palabras clave: 1. amor,
2. ciencias sociales, 3. visiones teóricas.

Abstract. This article offers to explore some aspects regarding four theoretical visions which have been relatively defined and cultivated for the research of love in social science: social-structural, social- historic, cultural and social criticism. These visions have influenced in different aspects the ways to study love and have established principles for understanding this subjective experience considering its social, cultural and power determinations. Throughout the text I outline the main postulates for such visions, detailing methodological aspects and fundamental findings in each of them, considering the most prominent authors in this field of knowledge. Finally, as conclusions, I present a balance concerning the contributions of these perspectives and the challenges facing love research in social science.

Keywords: 1. love,
2. social sciences, 3. theoretical perspectives.

culturales

VOL. VIII, NÚM. 15, ENERO-JUNIO DE 2012
ISSN 1870-1191

Introducción

LA PALABRA “AMOR” EVOCA UNA MULTIPLICIDAD DE sentidos y es materia de discursos entusiastas de toda índole: poéticos, literarios, religiosos, morales, cotidianos, entre otros. Se habla del amor como el quid de la salvación religiosa o de la exaltación poética, la única salida en un mundo despiadado o el fundamento de las relaciones humanas. Sin embargo, del amor también se puede hablar con mayor sobriedad, de manera desapasionada, asumiendo que más allá de su mistificación discursiva es una emoción como cualquier otra que puede ser estudiada desde las ciencias sociales. En este artículo la palabra “amor” nos permite acercarnos a estudios que no solamente están interesados en esta emoción sino en el complejo de prácticas a las que el concepto nos remite: roles de género, matrimonio, sexualidad, familia, otras emociones, etcétera.

El propósito de este trabajo¹ es examinar lo producido en torno a una clase de amor, el amor de pareja, considerando visiones provenientes de la sociología, la antropología y la lingüística. Se proponen algunas rutas básicas para organizar una parte del cúmulo de estudios que han surgido en este campo de indagación, así como un resumen de sus principales aportaciones y discusiones. Como todo trabajo de revisión, se trata de exponer con precisión los argumentos teóricos y las estrategias metodológicas que han generado lo que hoy sabemos y discutimos sobre cómo se piensa el amor y se viven las relaciones de pareja en sociedades contemporáneas. El valor de un trabajo de este tipo está en mostrar las clases de preguntas, hipótesis, métodos, hallazgos, pero también las especulaciones, interpretaciones, críticas sociales, que han marcado las formas predominantes de investigar esta emoción.

La revisión que se presenta no pretende ni puede ser completa o exhaustiva, pero sí logra mostrar un panorama de las

¹ Este artículo forma parte del proyecto de investigación “Hacia una sociología del amor: representaciones y prácticas en torno al amor y la relación de pareja en jóvenes de la zona metropolitana de Guadalajara”, financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) (clave de registro: 2008-01-103206).

principales maneras en que el amor y algunos de sus correlatos han sido investigados desde las ciencias sociales. Las visiones teóricas que se han identificado tienden a ser las más influyentes en este campo y por eso es relevante apreciar sus convergencias y divergencias, así como valorarlas en conjunto.

Un aspecto común sobresaliente es que en todas estas perspectivas podemos encontrar que el amor se ha vuelto un objeto de estudio social legítimo. Desde las visiones sociales se define como una emoción o vivencia subjetiva que emerge, se piensa y se actúa en función de relaciones sociales y normas culturales. Su investigación se realiza a través del análisis de patrones socioestructurales, institucionales y culturales que le dan forma y condicionan su manifestación en relaciones y escenarios sociales específicos. Este interés contrasta fuertemente con aquellas perspectivas que tratan de demostrar el carácter universal de la experiencia amorosa y buscan explicaciones genéticas o evolucionistas del amor y de fenómenos como la monogamia, el adulterio o la infidelidad (en este tipo de perspectivas sobresale Fisher, 1992), aunque no incursionaré en tal debate.

Siguiendo a Fellmee y Sprecher (2006), podemos identificar, al menos, cuatro perspectivas de estudio sobre el amor: las socioestructurales (estructuras macro y microsociales), las sociohistóricas, las de construcción cultural y las de desigualdad social. En las páginas siguientes se explorarán algunos de los hallazgos de investigaciones notables en cada una de estas visiones, introduciendo cambios menores a la clasificación propuesta por estos autores. Con ello se pretende contribuir a una mejor comprensión de las aportaciones de las investigaciones sociales al campo de estudios del amor y la relación de pareja.

Las estructuras sociales y el amor: primera visión

Hace casi cinco décadas William Goode (1959) planteó que la importancia teórica del amor descansaba en que es un elemento

de la acción social y, en consecuencia, de la estructura social. Este autor se interesó en encontrar los modos en que el amor romántico se ajustaba a la estructura social, esto es, al sistema de estratificación por medio de la elección de la pareja. Partió del supuesto general de que el amor tiene un amplio potencial disruptivo del orden social. Este potencial disruptivo ha generado que en diversas culturas se creen varias medidas de control. Si el amor no fuera controlado, el orden social podría trastocarse continuamente: “permitir el apareamiento al azar significaría un cambio radical en la estructura social existente. Si la familia como unidad básica de la sociedad es importante, entonces también lo es la elección de pareja” (1959:41). Goode distinguió cinco tipos principales de “control del amor” presentes en diversas culturas: *a)* el matrimonio infantil; *b)* el matrimonio obligado o restringido; *c)* el aislamiento de los jóvenes de parejas potenciales mediante la segregación social y física; *d)* la supervisión de los parientes cercanos (pero no segregación social real) y la inculcación de valores como la virginidad; *e)* las presiones y normas sociales de padres y pares mediante la limitación de la sociabilidad, aunque en un marco formal de elección libre de la pareja. Estos razonamientos culminaron en una hipótesis que señala que los estratos altos darán menos importancia al amor y, por lo tanto, menos libertad para elegir al cónyuge que los estratos bajos de cualquier sociedad, porque los primeros tienen más que perder si no controlan el amor y la elección de la pareja. Estos planteamientos han generado estudios empíricos sobre el mercado matrimonial, la elección de pareja y la movilidad social.

Las ideas de Goode sobre el amor como un sentimiento potencialmente subversivo del orden social y sobre las formas de control siguen vigentes. A pesar de que en gran parte de las sociedades contemporáneas el amor es reconocido como el motivo más legítimo para emparejarse, de que la elección de la pareja se realiza con mayores libertades y tiempo para experimentar o de que se ha normalizado el divorcio, se puede afirmar que todavía prevalecen en las sociedades modernas

las formas de control *d*) y *e*) establecidas por este autor. El control del enamoramiento y de la elección de la pareja, o las parejas, sigue siendo necesario para mantener las diferencias derivadas de la estratificación social, sin importar la creciente aceptación de valores democráticos como la tolerancia o el reconocimiento del otro. No olvidemos que, si bien el amor es un sentimiento que estimula las uniones matrimoniales, también suele ser “causa” de divorcios, infidelidades, suicidios, homicidios, rupturas con la familia de origen, conflictos étnicos o raciales, o de clase social.

El amor tiene implicaciones sociales y estructurales de carácter macro y microsocio, como ha establecido la investigación seminal de Goode. Asimismo, Theodore Kemper² es uno de los autores que ha otorgado importancia a las estructuras en el estudio del amor. Este autor señala que el amor es una emoción que emerge de una relación social fundamental que depende de los principios del poder y el estatus. El poder es comprendido en el sentido weberiano como la capacidad de hacer lo que uno quiere, aun en contra de los intereses de los demás; y el estatus, como la capacidad no coactiva que tiene cada uno para conseguir aprecio, admiración, favores, atenciones, etcétera, de los demás.

La relación de amor se define “como aquella en la que al menos un actor otorga, o está preparado para otorgar, cantidades

² Desde una perspectiva microestructural, Kemper (2006) es uno de los autores que ha investigado desde finales de los setenta cómo las relaciones socioestructurales sirven para predecir categorías emocionales. De acuerdo con su teoría, la expresión de la mayor parte de las emociones en un lugar y tiempo específico depende de condiciones socioestructurales –como el poder y el estatus– que producen efectos individuales en situaciones sociales. Estas situaciones pueden ser reales, imaginadas o anticipadas. Esta teoría predice que cuando una persona tiene un déficit de poder o de estatus en una relación con otro actor social tenderá a querer modificar el estatus propio o el de la otra persona. Dependiendo del escenario institucional donde la acción ocurra, el actor con déficit de estatus tenderá a obtener estatus formalmente (p. ej., a través de la educación), apelará a normas (legales, culturales, de justicia) o buscará obtener estatus mediante tácticas peligrosas y extremas, entre muchas otras. Asimismo, el actor con déficit de poder intentará reducir la dependencia, crear alianzas, así como podría recurrir al blofeo, la desinformación o la propaganda.

extremas de estatus a otro actor”, asumiendo que el poder puede variar en las relaciones amorosas. A partir de esta definición de la relación amorosa, el autor construye siete versiones típico-ideales de concesión real o potencial de estatus: 1) adulación por fans (un actor otorga cantidades extremas de estatus al otro, pero ninguno tiene poder en la relación); 2) amor ideal (dotaciones mutuas de estatus y ausencia de poder en la relación); 3) amor romántico (conferencia de estatus y poder mutuos); 4) amor divino, parental o mentor (ambos reciben cantidades extremas de estatus, pero uno concentra el poder); 5) amor infiel (un actor retiene estatus y poder en exceso, mientras el otro tiene sólo altas dotaciones de poder); 6) amor no correspondido (un actor tiene todo el poder y el estatus y el otro carece de ambos); 7) amor padres-hijos (los bebés y niños reciben cantidades extremas de estatus, pero no dan nada a cambio, y los padres concentran el poder en beneficio de los primeros) (Kemper, 2006:104ss). Estas categorías sirven para estudiar la vida íntima en términos de estructuras sociales en una agenda de investigación abierta para comprobar la teoría.

El estudio de Kemper sobre el amor se basa en su teoría más amplia sobre las emociones que ha estado cultivando desde finales de la década de los setenta. Como el amor, todas las emociones serían un resultado real o imaginado de las relaciones sociales, dado que la posición que ocupan los actores sociales implica distintas dotaciones de poder y estatus, las cuales generan emociones específicas. De modo que las dotaciones de poder se asocian con sentimientos de seguridad –p. ej., el exceso de poder con la culpa, y la escasez con el miedo, o la ansiedad– y las dotaciones de estatus generan sentimientos de satisfacción –p. ej., el exceso genera vergüenza y la carencia, enojo– (Kemper, 2006).

Desde la visión estructural del amor se argumenta que los determinantes de las relaciones amorosas son las estructuras sociales, sean macro o micro, más que las normas culturales. Esta perspectiva contrasta con otras visiones sobre el amor que enfatizan su carácter de construcción lingüística y cultural.

El amor como construcción cultural: segunda visión

Desde una visión cultural, diversas investigaciones se han propuesto cartografiar el lenguaje y el conocimiento del amor con el propósito de mostrar cuáles son sus principales componentes, sean modelos culturales, prototipos, repertorios culturales, metáforas, imaginarios o relatos.³ Las aproximaciones que integran esta perspectiva abonan la idea de la determinación lingüística y cultural del amor y otras emociones.

Las metáforas del amor

Bajo la inspiración de la investigación en lingüística cognitiva sobre las metáforas,⁴ se ha estudiado el lenguaje del amor (Lakoff, 1993; Kövecses, 1988, 1991 y 2002) y el modelo cultural del matrimonio (Quinn, 1987). Estos estudios, algunos de ellos realizados con propósitos distintos al análisis cultural, muestran que la cultura se transmite a través de formas lingüísticas y que éstas guían el pensamiento y la experiencia o la acción. En este sentido, las metáforas pueden ser consideradas como “teorías populares del mundo”.⁵

³ Algunas de las aproximaciones que he integrado en esta sección provienen de la antropología y la lingüística. Sin embargo, son material importante para una sociología de la cultura del amor.

⁴ Bajo esta perspectiva, la metáfora impregna la vida cotidiana; no sólo el lenguaje, sino también el pensamiento y la acción. La esencia de la metáfora es entender una cosa en términos de otra. Las metáforas, sin embargo, se ejecutan sólo parcialmente: partes de un concepto metafórico no se ajustan ni pueden ajustarse a la realidad. Ejemplo: “El tiempo es dinero”. De modo que las metáforas destacan y ocultan determinados aspectos y condiciones de las cosas, las actividades y los acontecimientos (Lakoff y Johnson, 1986 [1980]).

⁵ Citando a Rosch, Duranti señala que “El estudio cognitivo de las metáforas como modelos culturales (o como expresiones que dependen de modelos) está estrechamente asociada a la idea de que entendemos el mundo y el lenguaje en términos de prototipos, que son visiones generales, simplificadas o teorías populares de la experiencia” (2000 [1997]:66).

Culturales

Los lingüistas cognitivos han identificado que las metáforas se usan cotidianamente para comprender un dominio –generalmente más abstracto, como el tiempo, la razón, las ideas, la moral, las emociones, etcétera– en términos de otro –generalmente más concreto y, en muchos casos, anclado en experiencias físicas, como el movimiento, la manipulación de objetos, la alimentación, etcétera– (Johnson, 1993). Los *conceptos destino* son más abstractos que los *conceptos fuente*. En la elaboración metafórica del amor en lengua inglesa los lingüistas cognitivos han identificado que una metáfora muy recurrente ES EL AMOR ES UN VIAJE: los amantes son viajeros en un viaje compartido, con metas de vida comunes comprendidas como destinos que pueden ser alcanzados. La relación es el vehículo que les permite perseguir juntos esas metas. La relación es el medio para cumplir los propósitos, o es lo que les permite progresar hacia las metas comunes. El viaje no es fácil. En éste hay impedimentos y hay caminos (encrucijadas) donde se debe tomar una decisión sobre qué dirección tomar y si se debe continuar el viaje juntos (Lakoff, 1993:206). Esta metáfora, que también la encontramos con frecuencia en lengua española, marca un conjunto de correspondencias entre elementos constituyentes de la fuente (los viajes) y aquellos del destino (el amor) (ver el cuadro 1).

Cuadro 1

Fuente: un viaje	Destino: Amor
Los viajeros	Los amantes
El vehículo	La relación de amor en sí misma
El viaje	Los eventos en la relación
La distancia cubierta	El progreso alcanzado
Los obstáculos encontrados	Las dificultades experimentadas
Las decisiones sobre qué camino tomar	Las elecciones sobre qué hacer
El destino del viaje	Las metas de la relación

Reproducido de Kövecses (2002:7).

La metáfora EL AMOR ES UN VIAJE, según George Lakoff (1993:227), se vincula con dos metáforas más generales: UNA

El amor en las ciencias sociales

VIDA CON PROPÓSITO ES UN VIAJE Y UNA VIDA CON PROPÓSITO ES UN NEGOCIO. Estas conexiones entre metáforas explican el doble carácter del amor como viaje y como negocio. El amor, entonces, es un viaje como una sociedad o negocio de dos; de modo que se habla de los amantes como “socios”. Se establecen contratos matrimoniales en las relaciones de amor de larga duración; pero, sobre todo, las parejas esperan que cada quien haga su trabajo y exista reciprocidad en las responsabilidades (lo que ellos contribuyen a la relación) y los beneficios.

Siguiendo esta perspectiva y bajo el supuesto de que por medio del lenguaje se construyen las experiencias emocionales, Zoltán Kövecses (1988 y 1991) ha analizado las metáforas, las metonimias y la red conceptual del amor en lengua inglesa, que operan como teorías populares sobre el amor. Entre sus hallazgos se marcan ciertas formas cotidianas de hablar sobre el amor, tales COMO EL AMOR ES FUEGO, EL AMOR ES UNA UNIDAD, EL AMOR ES UNA FUERZA FÍSICA, EL AMOR ES LOCURA, EL AMOR ES UN JUEGO DE AZAR, EL AMOR ES UN VIAJE, entre muchas otras, que enfatizan diferentes aspectos o facetas del amor. Asimismo, da cuenta de los conceptos que se relacionan inherentemente con el amor, tales como el afecto (*affection*), la atracción (*liking*) y el anhelo (*longing*), por la persona amada. De modo que frases como “amo a una persona por quien no siento afecto, agrado, o con quien no deseo estar cerca” son poco frecuentes o imposibles. Otros conceptos que forman parte de esa red de significación podrían ser la asociación entre amor y sexo, así como entre amor y felicidad. La investigación de Kövecses también identifica que hay al menos dos modelos prototípicos del amor, el amor ideal y el amor típico.

El modelo cultural del matrimonio y la cultura del amor

En el marco de la antropología cognitiva, Naomi Quinn (1987) realizó un análisis del matrimonio norteamericano con base en entrevistas a parejas. Sus resultados arrojaron la presencia

Culturales

de varios esquemas culturales como metáforas de duración, beneficio mutuo, compatibilidad, dificultad, esfuerzo, éxito o fracaso, y riesgo. Algunas de ellas son: *el matrimonio es un viaje; el matrimonio es un lazo durable entre dos personas; el matrimonio es un producto manufacturado; un(a) esposo(a) es una parte complementaria; el matrimonio es una inversión*. Estos esquemas conforman el sistema de creencias acerca del matrimonio, así como su organización y manifestación discursiva. Pero la relación entre los esquemas culturales sobre el amor y los del matrimonio fueron elucidados por esta autora en reflexiones posteriores. El matrimonio, dice Quinn (2005), constituye la realización institucional del amor en la sociedad norteamericana. El vínculo entre amor y matrimonio se consigue mediante una serie de esquemas culturales encadenados: si amas a alguien 1) no deseas perderlo (el matrimonio debe durar); 2) deseas estar con la persona amada (el matrimonio es compartido); 3) te interesas por la otra persona y deseas hacer cosas por ella como la otra persona haría por ti (el matrimonio es mutuamente benéfico). Estos significados, a su vez, justifican el modelo cultural del matrimonio: sólo si amas a alguien debes casarte con él, amarlo sólo a él y a nadie más, y si no amas más a esa persona, debes divorciarte.

Ann Swidler (2001), bajo la influencia del estudio de Quinn (1987) sobre el matrimonio, se propuso investigar el habla sobre el amor. Su investigación mostró que la comprensión del amor cambia entre los individuos, que de manera activa usan diferentes recursos culturales para producir sentido sobre sus experiencias y las de otros. Estos usos diferenciados de la cultura se realizan en concordancia con diferentes escenarios sociales y puntos de transición en la vida. Con el análisis de los testimonios de 88 norteamericanos de clase media obtenidos en entrevistas a profundidad, Swidler encontró que sus entrevistados evocaban dos concepciones contradictorias sobre el amor: una concepción mítica o hollywoodense y una concepción realista-prosaica que les permitía ser escépticos con respecto a la primera. La concepción

El amor en las ciencias sociales

mítica, originaria del siglo dieciocho, idealiza el amor romántico como una entrega total hacia otra persona única que resuelve sus destinos en contra de fuerzas sociales. El “realismo prosaico” cuestiona que el amor surja de una vez y para siempre o que se asuma fuera de toda duda; más bien acepta que es “ambivalente y confuso”, que no surge a primera vista, sino que se desarrolla gradualmente. De igual manera, esta concepción realista no sostiene la idea de que solamente existe un amor verdadero, ni la de que el amor dura para siempre. Ante estos resultados, la autora se impuso el reto de explicar la ambigüedad de las visiones sobre el amor de sus entrevistados. La explicación que formuló sostiene que el matrimonio como institución converge con la concepción mítica del amor en la medida en que se está casado o no (sin importar que los sentimientos sean ambivalentes), no se puede estar casado con más de una persona al mismo tiempo, casarse es una elección que transforma la vida, y se tiene la expectativa de que los matrimonios duren (a pesar del aumento del número de divorcios); mientras que el matrimonio como relación hace que las personas reconozcan la fragilidad, la mutabilidad y la incertidumbre del amor, así como hace surgir esfuerzos conscientes de comunicación y compromiso para sostener dichas uniones.

El amor como historias

La cultura también se manifiesta en las historias que construimos para dar cuenta de nuestra vida individual y colectiva. Un gran estudioso de las narrativas y pionero de la psicología cultural, Jerome Bruner (1988 [1986]), sostiene que el pensamiento depende en mucho de contar y comprender historias. En las narrativas se atribuyen e identifican actores (individuos portadores de estatus y de roles), intenciones, saberes, flujos de acción, acontecimientos, escenarios, movimientos y desenlaces. Con ellas se comprenden los cambios no solamente en los acontecimientos y las circunstancias, sino también en la conciencia de los actores.

Culturales

Bajo una premisa teórica similar, Robert Sternberg (1998), desde el ámbito de la psicología pero destacando el carácter cultural del amor,⁶ propone considerar las relaciones de pareja como historias. Así se dedica a investigar qué clases de historias o relatos se construyen en la vida diaria, cuáles son las historias ideales, de dónde provienen tales historias y cómo esas historias controlan el desarrollo de las relaciones de pareja. De esta manera rastrea el papel de estas historias en la construcción de matrices culturales que las personas usan para dar sentido a sus propias experiencias amorosas, o, en su caso, para alentar o desalentar comportamientos y creencias en este ámbito. Sus resultados, provenientes del análisis de entrevistas, identifican 25 historias que reflejan posibles concepciones sobre el amor; no obstante, algunas son más compartidas que otras, algunas son complementarias, mientras que otras son contradictorias. Según el autor, estos relatos pueden ser clasificados de la siguiente manera: *a*) relatos asimétricos (p. ej., de maestro-alumno, de sacrificio), *b*) relatos objeto (p. ej., de colecciones, de religión, de juego), *c*) relatos de coordinación (p. ej., de viaje, de negocio, de adicción), *d*) relatos narrativos (p. ej., de fantasía, de recetas de cocina, de ciencia-ficción) y *e*) relatos de género (p. ej., de guerra, de misterio, de humor). Cada uno de estos relatos se configura marcando modos característicos de pensar y actuar el amor.

Las transformaciones sociohistóricas del amor: tercera visión

En los estudios sociohistóricos sobre el amor sobresalen reflexiones y análisis sobre el avance de los procesos de individualización característicos de las sociedades modernas, como escenarios para

⁶ Desde esta aproximación teórica, el amor se comprende por las concepciones culturales sobre el amante, los sentimientos que acompañan al amor, las ideas asociadas al amor y los comportamientos y relaciones que se tienen con la persona amada (Beall y Sternberg, 1995; Sternberg, 2000). Por eso sus aportaciones son también relevantes desde una perspectiva sociocultural.

El amor en las ciencias sociales

explicar los cambios en la vida íntima, las relaciones de pareja y las concepciones sobre el amor. Tras más de 200 entrevistas⁷ a personas adultas sobre sus concepciones de la vida buena, Robert Bellah y sus colaboradores (1989 [1985]) hicieron un diagnóstico de la sociedad norteamericana, y observaron en los ciudadanos estadounidenses el predominio de una orientación individualista que privilegiaba los valores de la autonomía (la capacidad de elegir) y de la realización personal sobre otros compromisos colectivos o grupales. En el ámbito del amor, esta ética individualista, se supone, conduce a dilemas cotidianos entre compartir con otro o dedicarse a sí mismo:

El amor crea, por lo tanto, un dilema para los norteamericanos. En algunos aspectos es la expresión más pura de la individualidad y la libertad. Simultáneamente, ofrece intimidad, correspondencia y la posibilidad de compartir (...). Compartir y comprometerse en una relación amorosa pueden parecer para algunos una absorción del individuo, en la que éste pierde de vista sus intereses, opiniones o deseos (lo que ocurre más a menudo a las mujeres que a los hombres) (1989 [1985]:129).

Béjar (1987), siguiendo los señalamientos de Bellah y colaboradores sobre los cambios en el terreno de las relaciones afectivas y la concepción del amor, reconoce que la lógica terapéutica (o del privilegio de la autonomía y el cuidado de uno mismo) ha desplazado tanto el ideal romántico del amor como entrega como el amor cristiano basado en el valor de los hijos y el hogar:

El ideal romántico ha pasado de moda. Los vientos conservadores que soplan desde el otro lado del océano ensalzando la virginidad, el matrimonio o la familia no deben ser confundidos con un *revival* del romanticismo. El amor como pasión, como entrega, ya no se estila. La lógica terapéutica condena el derroche emocional –sobre todo si es fuente de dolor– como síntoma de un “yo” débil y dependiente que idealiza en el “otro” aquello de lo que él carece. La referencia de todo debe ser

⁷ Las entrevistas giraron en torno a temas como el amor, la comunidad, la religión y la vida cívica.

Culturales

uno mismo [...]. Si el ideal romántico está en franca decadencia, el ideal de amor “cristiano” ha pasado a mejor vida. [...] El deber en relación con uno mismo se impone a las obligaciones para con los demás. La consecución del propio deseo adquiere rango de imperativo categórico. Amor y matrimonio se configuran a partir de esta supremacía del “yo”. El amor es una relación entre dos seres iguales e independientes que establecen una asociación libre de obligaciones (1987:83-84).

En esta misma lógica, Anthony Giddens (1992) se interesó en analizar cómo las transformaciones de la modernidad tardía estaban teniendo consecuencias importantes para la vida íntima. Su investigación puntualizó la importancia creciente del conocimiento experto para el monitoreo reflexivo de sí mismo, la destradicionalización de la experiencia y su paulatino desanclaje de las instituciones, así como la emergencia de nuevas formas de relación de pareja basadas más en anhelos de satisfacción personal que en órdenes morales institucionales. En su análisis del impacto de la modernidad tardía sobre la identidad del yo, Giddens refiere como una dimensión importante la “transformación de la intimidad”. En su opinión, la intimidad ha adquirido un carácter reflexivo y un ordenamiento referencial interno, y esto ha llevado a la aparición de un tipo de “relación pura” en los ámbitos de la vida personal. “Una relación pura es aquella en la que han desaparecido los criterios externos: la relación existe tan sólo por las recompensas que puede proporcionar por ella misma”. Una característica fundamental de este tipo de relaciones es el “compromiso” internamente referido, su base en el amor confluyente, el cual contrasta con el amor romántico (Giddens, 1991:15).

Desde otra visión de las transformaciones histórico-sociales de la experiencia amorosa, han surgido diversos estudios que analizan las nuevas posibilidades de enamoramiento y matrimonio en tiempos de globalización, con el uso de las tecnologías digitales de comunicación y de la migración. Entre los estudios sobre la transformación social de la experiencia amorosa está el de Aaron Ben-Ze’ev (2004), filósofo israelí, quien se interesó por comprender la extensión y naturaleza del impacto del internet

El amor en las ciencias sociales

en las relaciones románticas y eróticas en el ciberespacio. Este estudio provee descripciones sobre las diversas características que tienen el ciberamor y el cibersexo, y destaca cómo se facilita el encuentro, cómo se involucran aspectos imaginativos en dichas relaciones, así como el papel que juegan el anonimato, la seguridad del ciberespacio, las expectativas y la idealización amorosas. Además de la detallada caracterización del amor en línea, este autor valora cómo las computadoras y el internet están contribuyendo a flexibilizar las relaciones amorosas y sexuales al abrir nuevas posibilidades. Otro estudio que ilustra esta arista de la investigación sobre el amor es el de la antropóloga Nicole Constable (2003), quien muestra las consecuencias del transnacionalismo y la globalización en el amor y en el matrimonio intercultural. Se interroga cómo y con qué consecuencias la gente se enamora y se casa por correspondencia, dado el número creciente de encuentros y comunicaciones virtuales entre hombres y mujeres de distintas partes del mundo, así como la mediación de revistas y agencias de encuentro. Esta autora indagó el caso de los matrimonios por correspondencia entre norteamericanos y mujeres asiáticas para dar cuenta de las desigualdades estructurales y los factores socioculturales, que si bien limitan las opciones, a la vez inspiran a hombres y mujeres para crear nuevas oportunidades. Los resultados de su etnografía virtual y de sus entrevistas presenciales la llevan a concluir no sólo que la política económica es una fuerza determinante para la creación de matrimonios por correspondencia, sino también que las nociones culturales de amor y deseo están moldeadas por ella. Asimismo, destaca que las mujeres inmigrantes son más vulnerables al abuso doméstico que las mujeres ciudadanas.

La crítica social y cultural del amor: cuarta visión

Desde la visión sociohistórica referida se asume que se han trastocado los roles tradicionales, las expectativas en la pareja y las

formas de concebir el amor y relacionarse en pareja. En consonancia con dicha perspectiva, han surgido investigaciones que, mediante diversas formas de crítica social y cultural, señalan la emergencia de nuevos conflictos de género y cuestionan la mercantilización del amor y la normalización de la heterosexualidad.

Tradicionalmente, la división del trabajo en el hogar era clara: a las mujeres les correspondía el cuidado del hogar y de los hijos y a los hombres trabajar para proveer de recursos a la familia. Actualmente, diversas condiciones sociales han hecho posible que las tareas de hombres y mujeres se definan, acuerden o negocien en cada caso particular según las preferencias y capacidades de las personas (Kaufmann, 1999 [1997]).

La necesidad de elegir en distintos ámbitos de la vida social conlleva nuevos retos para ambos géneros, pero sobre todo para las mujeres, quienes se han abierto a nuevas expectativas y proyectos de vida. Las mujeres jóvenes tienen que elegir entre modelos discrepantes y contradictorios: por un lado, la mujer profesionalista que trabaja de manera independiente y, por otro, la vida en pareja y la maternidad. Si bien muchas mujeres se las ingenian para llevar a cabo ambas tareas (p. ej., con la estrategia de reducir el trabajo doméstico, postergar el nacimiento de los hijos o el matrimonio, evitar las interferencias entre el amor y el trabajo), es claro que en la práctica siempre habrá que elegir una u otra como prioridad y que, en muchas ocasiones, se pasa por desapercibido o se minimiza el dilema⁸ (Beck y Beck-Gernsheim, 2001 [1990]). Para Beck y Beck-Gernsheim,

No cabe duda de que la familia sigue desempeñando un papel importante; pero, al mismo tiempo y es esto lo nuevo, la autonomía, la independencia y el espacio personal se están valorando mucho más que antes. El tener un empleo fijo o una carrera se ha convertido

⁸ Según Beck y Beck-Gernsheim, “la escasez de guarderías, de escuelas de jornada completa y de otras ayudas institucionales para las familias jóvenes. Todo esto representa un obstáculo enorme para una equilibrada combinación de carrera y familia, y por ende, para proyectos del gusto de las mujeres, estableciendo insidiosamente nuevas desigualdades y jerarquías en la relación entre los sexos” (2001:192).

El amor en las ciencias sociales

en un elemento esencial del proyecto vital de las mujeres en cuanto promete, y asegura, reconocimiento, dinero propio y desarrollo personal más allá del círculo familiar (2003 [2001]:191).

Estos hallazgos están encaminados a mostrar las diferencias para hombres y mujeres en los riesgos y consecuencias de las sociedades contemporáneas, entre los que destacan las desigualdades de género que prevalecen y las nuevas expectativas en los proyectos femeninos.

Bajo una perspectiva similar de análisis de los conflictos que se generan entre el ámbito del trabajo y el hogar, Arlie R. Hochschild (2003) ha estudiado las tensiones de la vida íntima que surgen en el capitalismo moderno, y encontró que una estrategia de gestión emocional para adaptarse a las relaciones inestables y conflictivas consiste en invertir cada vez menos en emociones como el amor. Pero, paradójicamente, el amor continúa siendo idealizado y se depositan en él grandes expectativas de expresión y autorrealización. El amor, para esta autora, se ha mercantilizado. El mercado ha aprovechado los conflictos que se generan para cumplir expectativas laborales y del hogar ofreciendo una serie de productos para “ahorrar tiempo” en las labores domésticas o en el cuidado de los hijos, así como proponiendo estrategias de convivencia que priorizan la calidad del tiempo compartido sobre la cantidad.

Con conclusiones similares, Zygmunt Bauman, a partir del ensayo académico, discute los posibles impactos de las transformaciones sociales del mundo globalizado en la esfera del amor. Su trabajo señala que el amor y las relaciones de pareja están sujetos a la lógica del consumo y a los compromisos débiles. Así como vivimos en una sociedad líquida, el amor ha adquirido ese carácter efímero, diluido, frágil, camaleónico, abundante y escurridizo. En su opinión, los estándares del amor son más bajos, con la consecuencia de que “el conjunto de experiencias definidas con el término ‘amor’ se ha ampliado enormemente. Relaciones de una sola noche son descritas por medio de la

Culturales

expresión ‘hacer el amor’ ” (2005 [2003]:19). La sociedad de consumo (basada en la cultura de los productos de uso inmediato, las soluciones rápidas y la satisfacción instantánea) estaría entonces favoreciendo la emergencia de episodios amorosos “intensos, breves e impactantes”, que “son atravesados a priori por la conciencia de la fragilidad y brevedad (2005 [2003]:20). La pareja ya no es más el refugio frente a la fragilidad, sino más bien su caldo de cultivo. Del mismo modo, los hijos se han convertido en un “objeto de consumo emocional”:

Los objetos de consumo sirven para satisfacer una necesidad, un deseo o las ganas del consumidor. Los hijos también. Los hijos son deseados por las alegrías del placer paternal que se espera que brinden un tipo de alegría que ningún otro objeto de consumo, por ingenioso y sofisticado que sea, puede ofrecer (2005 [2003]:63).

Esta hipótesis de la mercantilización del amor fue propuesta por la investigadora Eva Illouz (1997), quien analizando productos mediáticos y entrevistas con norteamericanos encontró que el amor no sólo no ha resistido los embates del capitalismo tardío sino que han conformado una diada bien avenida. Según la autora, la intersección entre el romance y el mercado se ha generado mediante dos procesos: la romantización de las mercancías y la mercantilización del romance. El primer proceso se refiere al modo en que las mercancías han sido dotadas de un aura romántica en la industria cultural del siglo veinte y en las imágenes publicitarias. El segundo proceso se refiere a los modos en que las prácticas románticas están siendo definidas crecientemente por el consumo de bienes y tecnologías de placer ofrecidas por un naciente mercado, de modo que el núcleo del amor romántico contemporáneo se establece a partir de diversos rituales románticos anclados en el consumo de bienes y servicios.

Ése es el caso también de los resultados de una investigación de Paul Johnson (2005) en la que analizó discursos culturales sobre el amor y la heterosexualidad. Mediante entrevistas focalizadas en las experiencias amorosas y sexuales de los

participantes, este autor encontró que el amor es experimentado como profundamente esencial para el género humano, como una propiedad de la personalidad, como una cuestión transhistórica, como algo que se ubica más allá de la descripción racional y que está implicado en las ideas sobre la sexualidad natural. Asimismo, entre sus hallazgos señala que las ideas sobre el amor marcan y reproducen formas de actividad sexual que son consideradas normales, seguras, riesgosas o peligrosas. A manera de conclusión, este autor interpreta, evocando un concepto de Michel Foucault, que el amor es una *tecnología del yo*, en la medida en que ofrece una manera de “trabajar” sobre nuestra subjetividad y afecta ciertos modos de sentir sobre nosotros. Dicho de otra manera, el amor es una *tecnología del yo* porque se fundamenta alrededor de preguntas sobre el yo y mantiene su poder precisamente porque ofrece un rango de oportunidades para crear un sentido propio de ser en el mundo. Pero, sobre todo, el autor destaca que las ideas sobre el amor romántico contribuyen a la normalización y naturalización de la heterosexualidad, facilitando la producción y la adscripción de subjetividades en la distinción binaria masculino-femenino y en la institución del género.

Conclusiones

Los estudios sobre el amor que he comentado brevemente para ilustrar cuatro visiones predominantes constatan la importancia de investigar los aspectos sociales de las emociones. En conjunto, contribuyen a mostrar que los seres humanos disponemos de una variedad, más o menos regulada, de pensar y vivir el amor y otras experiencias asociadas (el sexo, las diferencias de género y el matrimonio), acordes con el contexto social en que se vive. No obstante, la revisión realizada muestra que también en la investigación académica, como en la vida cotidiana, la palabra “amor” se usa de múltiples maneras, que no hay consensos en su

definición, que algunos incluso niegan la posibilidad o necesidad de definirlo, o que se usa para aludir realidades más amplias.

Bajo la perspectiva socioestructural, macro o microsocia, como hemos visto con los ejemplos paradigmáticos de Goode y Kemper, se postula que la experiencia del amor, como de otras emociones, está restringida por la localización de las personas en estructuras sociales. La posición que las personas ocupan en un espacio social determinado se considera un factor importante para explicar fenómenos como la elección de pareja y las diferentes clases de amor que se manifiestan en relaciones sociales específicas. Las estructuras sociales más determinantes son el nivel económico, el poder y el estatus. Por otra parte, la visión cultural sobre el amor proporciona un andamiaje conceptual para estudiar y comprender las formas en que se piensa o se habla sobre el amor y cómo esto modela experiencias y juicios en la vida cotidiana. Las investigaciones citadas han influido en alguna medida en otros autores que estudian el lenguaje del amor en distintas lenguas tratando de identificar cómo se manifiesta en términos de prototipos, ideas o comportamientos, así como de describir las distinciones que usan las personas para comprender las relaciones amorosas. Otra de las grandes visiones sobre el amor es la de las transformaciones sociohistóricas. Las investigaciones de este tipo muestran cómo el incremento de las posibilidades y la creciente necesidad de elegir en cada aspecto de la vida marcan un cambio radical en las concepciones del amor y de la pareja. Las necesidades del individuo pasan a primer plano; pero, paradójicamente, esto ocurre en escenarios sociales donde el amor y la pareja constituyen refugios contra el descrédito de otras formas de asociación colectiva y de las instituciones. En resumen, la experiencia del amor se concibe como normalmente caótica, cambiante, indefinida, impredecible, pues hoy por hoy las situaciones que viven las personas se multiplican rápidamente y son más bien producto de elecciones que de obligaciones institucionales (Beck y Beck-Gersheim, 2001 [1990]). Por otra parte, los estudios que hemos

ubicado en una visión de crítica social y cultural contribuyen a mostrar cómo las cuestiones de género, el mercado, el consumo y el poder normativo de la heterosexualidad afectan las concepciones sobre el amor y las relaciones amorosas. Como hemos visto, esta clase de estudios desembocan en una crítica cultural o social a las desigualdades de género, al capitalismo o a la modernidad tardía.

Un aspecto importante que se deriva de la revisión realizada es que los estudios sociales sobre el amor están fuertemente influidos por tres formas de crear conocimiento: 1) dar voz a los actores sociales para esclarecer vivencias y sentidos compartidos sobre el amor y las experiencias amorosas (por lo que una gran proporción de los estudios en este campo utilizan métodos discursivos); 2) interpretar condiciones sociales y tendencias de cambio en las concepciones y prácticas de las relaciones amorosas y objetos asociados, y 3) hacer crítica social y cultural de la influencia del capitalismo, el consumo o el poder normativo en las concepciones y prácticas amorosas contemporáneas. Estas formas de crear conocimiento están sustentadas en alguna medida en la investigación empírica (en gran parte de corte cualitativo, aunque no exclusivamente), aunque también encontramos contribuciones de carácter ensayístico.

Dichas formas predominantes de crear conocimiento en los estudios sociales sobre el amor han desarrollado descripciones y clasificaciones más o menos fundamentadas en datos empíricos, así como interpretaciones más o menos especulativas. Una de las principales aportaciones consiste en modelar los cambios en la esfera del amor o, en su caso, en los distintos tipos de amor que los actores sociales distinguen o que los investigadores observan con base en tipologías o clasificaciones. El conocimiento acumulado muestra que los cambios en la esfera del amor, o de las distinciones más básicas que hace el sentido común, se clasifican de manera dicotómica. Giddens (1992) opone el amor confluyente al amor romántico; Bellah et al. (1989 [1985]), el amor terapéutico al amor por obligación;

Beck y Beck-Gernsheim (2001 [1990]), el amor posromántico al romántico; Swidler (2001), el amor real al amor ideal; Kövecses (1988), el amor típico al amor ideal. Con estas categorías, estos autores han mostrado cómo el individualismo ha impactado la vida íntima en términos de cogniciones y comportamientos, cómo las personas distinguen entre los ideales en el ámbito del amor y las vivencias reales. Por otra parte, han surgido otras clasificaciones para tipificar las relaciones amorosas en función del estatus y el poder (Kemper, 2006) o de las narrativas amorosas (Sternberg, 1998) que se usan para hacer comprender y para juzgar las historias de amor propias y ajenas.

Otro aspecto importante que se debe destacar es la gran importancia que tienen las visiones sociohistórica y de crítica sociocultural en el análisis del amor, en algunos casos sustentadas en evidencias empíricas, pero en otros sólo en el ensayo académico. Como hemos visto, el concepto de individualización se ha vuelto central para explicar el cambio social en la modernidad tardía. De acuerdo con los estudios revisados, podemos observar un amplio reconocimiento de la diversidad que caracteriza a la esfera íntima y de las crecientes posibilidades de elección en dicho ámbito. Sin embargo, la investigación social sobre el amor se refiere en gran medida a las relaciones heterosexuales, y extrañamente, como indica Johnson (2005), no se analizan de manera explícita los vínculos entre el amor romántico y la institución de la heterosexualidad.

Además, una gran proporción de la literatura sobre la transformación moderna del amor, las relaciones de pareja y la vida íntima emerge de la modernidad europea o norteamericana, por lo cual debemos tener la precaución de no dar por sentado todas sus afirmaciones para otros contextos, como el latinoamericano. Esta precaución debe ser mayor, porque en estas investigaciones, se enfatizan dramáticamente los cambios ocurridos o esperados en el ámbito del amor y la intimidad, olvidándose de las cosas que pudieran permanecer. No se debe olvidar, como plantean Beck y Beck-Gernsheim, que los procesos de indivi-

dualización y transformación de las concepciones y prácticas en el ámbito del amor y las relaciones de pareja

no pueden comprenderse como un acontecimiento puntual que pone en marcha a todos al mismo tiempo, sino como el producto de unos largos procesos históricos que en un lugar empiezan antes y en otros más tarde. La descripción de tales procesos a unos les parece el mensaje de un extraño país del futuro; a otros, la repetición de lo familiar y lo cotidiano (2001 [1990]:25).

Dilucidar en qué medida un grupo social o una comunidad cultural está individualizando sus concepciones y prácticas amorosas es una cuestión que sólo la investigación empírica puede establecer. Por ejemplo, sería necesario analizar si efectivamente en un contexto y grupo social específico las relaciones frágiles y pasajeras constituyen el ideal de pareja contemporáneo, como sugiere Bauman (2005 [2003]). El reto consiste en no dar por hecho tales apreciaciones sin indagar empíricamente si las relaciones de pareja que desean las nuevas generaciones son, efectivamente, las relaciones breves y efímeras, y en observar cómo esto afecta los comportamientos sexuales. Es una cuestión obvia, pero a veces la olvidamos.

La observación ensayística, en muchas ocasiones, solamente conduce a visiones impresionistas basadas en exageraciones o generalizaciones con poco fundamento. El abuso de los lugares comunes de la crítica a la modernidad tardía es un riesgo que enfrenta la investigación en este campo. Pareciera que el ubicar la experiencia amorosa con los epítetos de moda, sea individualización, caos, mercantilización o tecnología del yo, fuera una receta a seguir para interpretar y/o criticar los cambios y las tendencias sociales en la esfera de la intimidad. Si la investigación sobre el amor privilegiara el modo de conocimiento expresivo-ensayístico, ya no sería necesario probar nada de manera empírica: bastará con citar a uno o más de los ensayistas de moda y dramatizar cada vez más los efectos negativos de la modernidad mediante argumentos de autoridad.

Bibliografía

- BAUMAN, ZYGMUNT, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005 [2003].
- BEALL, ANNE, Y ROBERT J. STERNBERG, “The Social Construction of Love”, en *Journal of Social and Personal Relationships*, vol. 12, núm. 3, pp. 417-438, agosto de 1995.
- BECK, ULRICH, Y ELISABETH BECK-GERNSHEIM, *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*, Paidós/El Roure, Barcelona, 2001 [1990].
- , *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Paidós, Barcelona, 2003 [2001].
- BÉJAR, HELENA, “Autonomía y dependencia: la tensión de la intimidad”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 37, pp. 69-90, 1987.
- BELLAH, ROBERT, RICHARD MADSEN, WILLIAM M. SULLIVAN, ANN SWIDLER Y STEVEN M. TIPTON, *Hábitos del corazón*, Alianza Editorial, Madrid, 1989 [1985].
- BEN-ZE'EV, AARON, *Love Online. Emotions on Internet*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
- BRUNER, JEROME, *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*, Gedisa, Barcelona, 1988 [1986].
- CONSTABLE, NICOLE, *Romance on a Global Stage; Pen Pals, Virtual Ethnography, and “Mail-order” Marriages*, University of California Press, California, 2003.
- DURANTI, ALESSANDRO, *Antropología lingüística*, Oxford University Press, México, 2000 [1997].
- FELLMEE, DIANE, Y SUSAN SPRECHER, “Love”, en Jan E. Stets y Jonathan H. Turner (eds.), *Handbook of the Sociology of Emotions*, pp. 389-441, Springer, Nueva York, 2006.
- FISHER, HELEN E., *Anatomía del amor. Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*, Anagrama, Barcelona, 1992.

- GIDDENS, ANTHONY, *The Transformation of Intimacy. Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies*, Stanford University Press, California, 1992.
- , *Modernidad tardía e identidad del yo*, Península, Barcelona, 1991.
- GOODE, WILLIAM, “The Theoretical Importance of Love”, *American Sociological Review*, núm. 24, pp. 38-47, 1959.
- HOCHSCHILD, ARLIE R., *The Commercialization of Intimate Life. Notes from Home and Work*, California University Press, California, 2003.
- LLOUZ, EVA, *Consuming the Romantic Utopia: Love and the Cultural Contradictions of Capitalism*, University of California Press, California, 1997.
- JOHNSON, MARK, *Moral Imagination. Implications of Cognitive Science for Ethics*, University Chicago Press, Chicago, 1993.
- JOHNSON, PAUL, *Love, Heterosexuality and Society*, Routledge, Londres, 2005.
- KAUFMANN, JEAN-CLAUDE, “La ropa sucia”, en Ulrich Beck (comp.), *Hijos de la libertad*, pp. 211-246, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999 [1997].
- KEMPER, THEODORE, “Power and Status and the Power-Status Theory of Emotions”, en J. E. Stets y J. H. Turner (eds.), *Handbook of the Sociology of Emotions*, pp. 87-112, Springer, Nueva York, 2006.
- KÖVECSES, ZOLTAN, *The Language of Love. The Semantics of Passion in Conversational English*, Bucknell University Press, Lewisburg, 1988.
- , “A Linguist’s Quest for Love”, en *Journal of Social and Personal Relationships*, vol. 8, núm. 1, pp. 77-97, 1991.
- , *Metaphor. A Practical Introduction*, Oxford University Press, Nueva York, 2002.
- LAKOFF, GEORGE, Y MARK JOHNSON, *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1986 [1980].
- , “Contemporary Theory of Metaphor”, en Andrew Ortony (ed.), *Metaphor and Thought*, 2ª ed., pp. 202-251, Cambridge University Press, Nueva York, 1993.

Culturales

- QUINN, NAOMI, “Convergence Evidence for a Cultural Model of American Marriage”, en Dorothy Holland y Naomi Quinn (comps.), *Cultural Models in Language & Thought*, pp.173-192, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
- , “How to Reconstruct Schemas People Share, from What They Say”, en Naomi Quinn (ed.), *Finding Culture in Talk. A Collection of Methods*, pp. 25-82, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2005.
- STERNBERG, ROBERT, “Love as Story”, *Journal of Social and Personal Relationships*, vol. 12, núm. 4, pp. 541-546, noviembre de 1995.
- , *Love is a Story. A New Theory of Relationships*, Oxford University Press, Nueva York, 1998.
- , *La experiencia del amor*, Paidós, Barcelona, 2000 [1998].
- SWIDLER, ANN, *Talk of Love. How Culture Matter*, University of Chicago Press, Chicago, 2001.

Fecha de recepción: 15 de febrero de 2011

Fecha de aceptación: 13 de mayo de 2011